

«Será preciso transformar 50.000 toneladas de mantequilla europea en jabón, a fin de librarlos de las montañas de excedentes?». Dos años después de que tal cuestión fuera planteada por el presidente de la Unión Lechera normanda, Europa descubre de pronto que se halla escasa de productos lácteos. Hasta el extremo de que los desnutridos del Tercer Mundo no podrán recibir dentro de los plazos previstos las 35.000 toneladas de mantequilla y las 120.000 toneladas de leche descremada en polvo que la Comunidad Europea les había prometido para 1971.

Las existencias de mantequilla del Mercado Común han descendido de 322.000 toneladas en el otoño de 1970 a menos de 100.000 en septiembre de 1971. No quedan más que 34.000 toneladas de leche descremada en polvo, frente a las 125.000 de hace apenas un año. De 1969 a 1971, el precio mundial de la leche en polvo ha pasado de 100 dólares la tonelada a 640. Y en poco más de un año, el precio de la mantequilla sube de 200 a 1.300 dólares la tonelada.

Hace dos años Europa estaba convencida de tener excedente de mantequilla «in eternum». Y no veía el modo de desembarazarse de ella. Por ejemplo, la leche en polvo se revendía a los ganaderos a una fracción de su precio, y éstos la destinaban a nutrir los terneros... con la leche de sus madres. La leche de las madres se vendía a las lecherías: una vez desposeída de su mantequilla excedente, se la convertía en leche en polvo que, mediante un nuevo proceso, volvía a terminar como alimento de otras terneras. La mantequilla, que tenía un precio de fábrica de unas cien pesetas kilo, era vendida a bajo precio —veinte pesetas kilo— al Japón o a Marruecos. Los «stocks» de mantequilla se llegaban a malvender en los mercados del Próximo Oriente, como sucedáneo de la grasa de camello.

Los ríos de leche parecían inagotables. Todo daba la impresión de que aún crecerían más. Hasta el azúcar servía para fabricar leche. A cambio de una subvención, la leche fue desnaturalizada y dada como alimento a los animales. Los bloques de leche prensados de los americanos inundaron el Mercado Común, en el que entraban libremente y con precios bajos. Gracias a lo cual comenzó a desarrollarse, en la proximidad de los grandes puertos europeos, una nueva producción láctea a base de esos bloques importados. El ganadero lle-



mercado
común

EL PROBLEMA DE LA MANTEQUILLA

gaba a ahorrar hasta 2.500 pesetas por cabeza; se ha estimado que la importación de «bloques», sin más, ha hecho ascender, en 1969, la producción de la Comunidad en dos millones y medio de toneladas de leche y en cien mil toneladas la mantequilla.

Dos años más tarde, la sorpresa: amenaza la penuria. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Sencillamente, que la política de precios bajos por parte de la Comunidad Europea ha surtido su efecto en otros países. Se necesitaba una extraña ceguera en los eurócratas para no prevenirlo.

A fuerza de vender con pérdida en el resto del mundo sus productos lácteos, la Comunidad ha hundido literalmente los precios, arruinando o retrayendo la producción de otros países. Así, en 1968, 90.000 toneladas de mantequilla «europea» fueron liquidadas en los mercados mundiales con una pérdida de ochenta pesetas por kilo. En 1969 y 1970 la política de bajos precios ha continuado tan campante. Dinamarca, Nueva Zelanda y Australia, que, a diferencia de los EE. UU.,

no disponen de medios de defensa en el mercado, han visto hundirse el curso de sus respectivos productos. Estos países, cuyos sectores lecheros son, no obstante, eficaces y modernos, se han visto en la necesidad de reducir su producción y, en ocasiones, hasta de convertir su agricultura.

Semejante proceso no es únicamente específico del sector lechero. Los europeos han obrado de forma similar en numerosos dominios. Concretamente, en el azúcarero. Al volcar sus excedentes sobre el mercado mundial, han hecho que los precios bajen, provocando la desinversión en los países del Tercer Mundo. Con esto, los precios del azúcar vuelven a subir, para alegría de los remolacheros. Pero los países tropicales, en definitiva, resultan empobrecidos. El fenómeno se repite de un sector a otro. Y, así, Europa puede justificar su negativa a planificar una producción excedentaria de productos lácteos destinados al Tercer Mundo, diciendo que, de todas formas, los países subdesarrollados no son «solventes»...

A fin de eliminar los excedentes lácteos de Europa, el Plan Mansholt había preconizado, de 1970 a 1980.

1) Sacrificar tres millones de vacas.

2) Reducir el número de explotaciones lecheras a 350.000 ó 300.000 unidades, en cada una de las cuales 40 ó 60 vacas produjeran alrededor de 4.200 litros anuales.

Tales objetivos parecían realistas. Los excedentes lácteos no se debían, efectivamente, al exceso de rentabilidad de la leche, sino a la presencia de un exagerado número de pequeños agricultores que carecían de tierras y de capital suficientes como para producir otra cosa que leche. Según el Plan Mansholt, era, pues, necesario, por una parte, provocar la marcha o la reconversión de millones de campesinos. Y por otra, se imponía aumentar el precio de la leche a fin de que los restantes agricultores pudieran modernizarse.

Pero tan sólo la primera parte de este Plan se ha realizado. Las autoridades europeas se han contentado con bloquear el precio de la leche en período de inflación. Resultado: la modernización del sector lechero, aplazado «sine die», no se ha visto por ninguna parte, mientras que, por el contrario, el éxodo rural de estos últimos años reviste una fulminante aceleración: 1.200.000 agricultores han tenido que abandonar sus tierras en la Europa de los Seis. Los precios, demasiado bajos, no les permitían mantenerse. Lo cual no va sólo con los humildes campesinos de regiones desfavorecidas. Hasta los holandeses, conocidos por su productividad, han sido sacudidos por la crisis.

¿Qué nos depara el mañana? ¿Penuria persistente? ¿Nuevos excedentes en 1973-74? Nadie lo sabe. Como consecuencia del bloqueo de los precios, millones de agricultores medios han dejado la leche para dedicarse a los cereales. Pero podrían retornar, de la noche a la mañana, a la leche, si las circunstancias se lo aconsejasen; por ejemplo, en el caso de que los precios siguieran en alza. Una cosa hay cierta: que, una vez más, al contrario de los productores de leche, han sido los cerealistas quienes han sabido sacar provecho de la política agrícola europea. Todo sucede como si la Comunidad sostuviese a los que detentan la tierra, e hiciera pagar la novatada a los que no pueden ofrecer más que sus brazos. ■ CHRISTIAN JELEN.